





RUMBO A ÍTACA

Un viaje a la antigua Grecia en busca de la filosofía

VÍCTOR LUIS GUEDÁN PÉCKER

Rumbo a Ítaca. Un viaje a la antigua Grecia en busca de la filosofía

© Víctor Luis Guedán Pécker, 2024

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2024

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonallettera Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

© Imagen de cubierta: Alamy

Diseño y maquetación: Reverté-Aguilar

ISBN: 978-84-1361-315-4

Depósito legal: B 1546-2024

Impreso por EGEDSA (España).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción	13
Conócete a ti mismo	19
El ombligo del mundo	19
El aforismo como filosofía	25
No es fácil conocerse	28
Maestros de la sospecha	32
<i>Gnóthi seautón, Nosce te ipsum</i>	35
Todo fluye	37
Del mito al <i>logos</i>	38
Los cosmólogos milesios	41
La guerra es justa	47
Dialéctica	51
Preguntas abiertas	54
Todas las cosas conocidas tienen número	59
En los confines de la Hélade	59
<i>Horror vacui</i>	62
Dioses como hombres, hombres como dioses	64
Acusmáticos y matemáticos	66
Matemáticas y mística	69
La eternidad de Pitágoras	72
El hombre es medida de todas las cosas	75
Las guerras contra los medos	75

<i>Homo mensura</i>	80
Subjetivismo	83
Etnocentrismo	87
Antropocentrismo	88
Contra la intransigencia	91
Nada existe	93
La guerra del Peloponeso	94
El siciliano escéptico	100
No se puede decir	102
Pasiones o razones	106
Solo sé que no sé nada	109
Los Treinta frente a la democracia	109
Educación del más fuerte	111
Docta ignorancia	116
Mayéutica	121
La filosofía es preparación para la muerte	125
Apología de Sócrates	125
La buena vida	131
La buena muerte	134
Preparado para morir	136
Conocer es recordar	141
Evolución política en la Atenas clásica	141
Aristocles	145
Reminiscencia	146
El cuerpo y alma	151
Nadie es justo voluntariamente	157
El mito de Giges	158
El mito de la caverna	162
El mito del carro alado	164
El ideal político	168
No todo debe revelarse a todos	173
La inmutabilidad de los números	174
La educación de los jóvenes	178
Sombras en la utopía	183

El movimiento se demuestra andando	189
Los confines del mundo griego	189
Filósofos en Elea	191
El apátrida de Sínope	195
La ironía de los 'perros'	197
Autarquía como ideal de vida	200
Todos los hombres tienen el deseo natural de saber	207
Atenas, Esparta, Corinto, Tebas... Macedonia	207
El Estagirita	212
Enseñándonos a investigar y a pensar	217
La virtud es el justo medio	225
La educación del príncipe	226
La búsqueda de la felicidad	233
La virtud es el justo medio	239
El hombre es un animal político	245
Aristóteles, educador de Alejandro	246
El animal político	252
Jenofonte, educador de Alejandro	255
Tres reflexiones políticas inspiradas en Aristóteles	258
Todas las cosas están implicadas en un orden	261
Enfermedad y muerte de Alejandro	262
Hipócrates de Cos	270
Empédocles y Anaxágoras	272
Salud, enfermedad y orden	276
Epílogo	281
Notas	285
Bibliografía selecta comentada	295



*Nada de lo escrito aquí hubiera sido posible
sin el amor lacerado de Teresa.
A ella va dedicado el libro.*

*Estas páginas deben mucho a tantos alumnos
que me han acompañado a lo largo de mi vida profesional
dedicada a la enseñanza de la filosofía.*

*Y, de manera especial, a mis amigos mayores de
Pórtico de la Cultura, con quienes llevo doce años indagando
paciente y entusiásticamente los arcanos de la existencia,
y a quienes impartí durante dos trimestres en 2021 los contenidos
que han dado lugar finalmente a estas páginas.*



*Cuando emprendas tu viaje a Ítaca
pide que el camino sea largo,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.*

[...]

Ten siempre a Ítaca en tu mente.

Llegar allí es tu destino.

Mas no apresures nunca el viaje.

[...]

*Aunque la halles pobre, Ítaca no te ha engañado.
Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,
entenderás ya qué significan las Ítacas.*

KONSTANTINO KAVAFIS, Ítaca



Introducción

Siendo todavía niño, cayó en mis manos un disco de vinilo que se titulaba *Música clásica para quienes odian la música clásica*. Contenía una selección de fragmentos célebres, y escucharlos una y otra vez se convirtió en una experiencia transformadora de la que creo que deriva mi moderada melomanía. Años más tarde, cuajado ya como profesor de Filosofía, el recuerdo de aquel disco vino a presentármese como una metáfora de mi profesión. Comencé a preguntarme de qué manera podría acercar yo también hacia la filosofía a quienes creían odiarla, cómo descubrirles su magia, convencerlos de que ellos también son filósofos, que no podrían dejar de serlo. Quería alcanzar esa meta sin por ello rebajar la enseñanza de la filosofía, sin engañar acerca de su dificultad intrínseca, sin descafeinarla hasta hacerla irreconocible.

No hay una forma universal de aproximar la filosofía a la gente, y por eso no hay un libro ideal que pretenda divulgarla. He escrito este pensando en aquellas personas interesadas por la cultura en general, pero que rara vez incluyen, al lado de la historia, la literatura, las artes, la música o el cine, a la filosofía como una fuente de placer intelectual y de crecimiento personal; que ven en ella

una disciplina seca, oscura, alejada de las preocupaciones cotidianas y, quizás, obsoleta. Pretendo defender justo lo contrario: que no hay mejor manera de vivir que meditando, que todos estamos capacitados para hacerlo en grado suficiente para nuestro provecho, y que los grandes filósofos del pasado y del presente pueden ser extraordinarios compañeros en esa búsqueda de sentido. Me gustaría haber podido garabatear yo estas palabras de Ludwig Wittgenstein:

No quisiera con mi escrito ahorrarles a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimular a alguien a tener pensamientos propios.¹

Hacer filosofía bien puede consistir en meditar con sosiego acerca de aquellas sentencias dotadas de hondura, complejidad y misterio que han subyugado a las personas durante cien generaciones. *Todo fluye, Conocer es recordar, Pienso, luego existo, Todo lo real es racional, El mundo es mi representación, «La nada misma anonadada»*... Se trata de una aproximación no peor que otras; y es, precisamente, la perspectiva que he decidido adoptar en este libro. Por eso, cada capítulo se despliega bajo una máxima que le sirve de título y cuyo contenido procuro aclarar, si bien durante el discurso saltarán inevitablemente a la superficie, como delfines vivaces a los flancos de la nave de Ulises, otros aforismos atraídos por el curso de las reflexiones.

Son tantos los adagios que contienen enroscada en su interior una profunda sabiduría filosófica esperando que alguien la despliegue, que tuve que optar, y mi selección se decantó por un ramillete de ellos que me permitía mostrar un retrato fiel, aunque inevitablemente incompleto, del pensamiento de los primeros siglos

¹ Ludwig Wittgenstein (1953). *Investigaciones filosóficas*. Prólogo. Ed. Gredos, 2014.

de historia de la filosofía. El presente volumen parte de los albores de esta antigua disciplina, allá por el siglo VI antes de Cristo, y se cierra con la muerte de Alejandro Magno, justo a punto de que el mundo alumbre una nueva época que llamamos helenismo y en la que Occidente y Oriente se encontraron y mezclaron. Ojalá haya ocasión de continuar la empresa en otros libros, revisando siglos posteriores.

El pensador alemán Martin Heidegger comenzó un seminario dedicado a Aristóteles glosando así la vida del gran filósofo griego: «Nació, trabajó, murió». De esa manera pretendía transmitir a sus alumnos que la biografía de un pensador poco ayuda para comprender su pensamiento. En filosofía serían importantes los razonamientos, no las circunstancias biográficas de quienes los elaboran. Toda idea filosófica está sujeta a una lógica que la fundamenta, que la sostiene; y es esta la que se debería transmitir y conocer, y no tanto las condiciones históricas y personales que pudieron inducir a un filósofo determinado a plantearla. En una entrevista concedida años más tarde, su hijo Hermann recordaba cómo Heidegger aplicaba estas convicciones a su propia filosofía:

La gente debe dedicarse a mi pensar, la vida privada no tiene nada que ver con lo público.²

Sin embargo, cabe la sospecha de que esa estrategia fuera orientada en parte a desactivar una cuestión lacerante en la biografía de Heidegger: que había sido un nazi convencido, que tras el armisticio se le había sometido a un proceso de desnazificación que incluyó su apartamiento temporal de la universidad,

² Ángel Xolocotzi Yáñez (2007). «Entrevista con Hermann Heidegger». En revista *La jornada semanal*, núm. 638. México.

que las justificaciones que dio por su conducta pasada resultaron poco satisfactorias, que nunca pronunció una condena radical del nazismo y que, en fin, sus palabras sobre la vida de Aristóteles fueron pronunciadas justo tras serle restituido su derecho a la docencia universitaria en 1951, pareciendo a muchos que iban dirigidas a su propia exculpación. Martin Heidegger no consiguió tal propósito. Por el contrario, los investigadores detectaron que su vida daba pistas para interpretar su filosofía: si había sido un nazi, quizás su pensamiento —ese que, por su calidad intrínseca, no dejaba de influir en filósofos e intelectuales de todo pelaje, pero que, por su oscuridad, permitía interpretaciones diversas— estuviera afectado de alguna manera por el nazismo y por lo que este significaba.

Contemporáneo y compatriota de Heidegger, y radical y valiente enemigo del nazismo, Karl Jaspers defendía, frente a aquel, la continuidad entre vida y obra. El filósofo medita acerca de lo que vive, de manera que conocer su vida ayuda a comprender su trabajo. Y si deseamos estar al tanto del verdadero significado de las ideas de un filósofo cualquiera, a menudo será necesario que tengamos presentes las circunstancias en que cuajaron. Pues bien, esta última es la estrategia que he elegido: cada capítulo se demorará, con cierto regusto, en mostrar el contexto de aquello que se pretende explicar. Este libro de historia de la filosofía antigua pretende ser también, hasta cierto punto, un libro que recoge una historia sucinta del mundo clásico, compuesta solo por fragmentos memorables, pero deseo que iluminadora de tiempos tan remotos como aquellos en los que Occidente comenzó su extraordinaria aventura ligada al conocimiento de las cosas.

Tengo para mí que la filosofía debería ser concebida como una aventura, antes que como un saber; de manera que en ella es más

importante el camino que la meta, son más sustanciales las preguntas que las respuestas. Hay que desengañar al lector: muchos problemas filosóficos planteados hace veinticinco siglos siguen vigentes, quizás porque no tienen *una* solución definitiva, sino que esperan que cada cual les dé *su* solución propia.

«No se puede aprender filosofía [...] Solo se puede aprender a filosofar»,³ reconocía Immanuel Kant en aquel Siglo de las Luces que estaba viendo florecer a las ciencias, gracias al aplomo envidiable que mostraban en sus tesis. Y Ludwig Wittgenstein completaba así, a principios del siglo XX, esta misma impresión que podía resultar descorazonadora:

Sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo.⁴

Filosofar no consiste en realizar una tarea esperando su inmediata resolución, una conclusión irrefutable, la conquista de una nueva verdad, la llegada venturosa a puerto, tras una travesía accidentada, pero guiada con pulso firme. No, no es eso. Filosofar se parece más bien a peregrinar hacia Ítaca siguiendo el manual de instrucciones del célebre poema de Kavafis; sabiendo que la playa a la que soñamos con arribar se aleja de nosotros siempre que estamos seguros de hallarnos próximos, pero sin desesperarnos por ello; antes bien, aprovechando la larga e incierta travesía para crecer espiritualmente. Caben muchas rutas y escalas. Yo he optado por algunas que considero atractivas para el viajero que se avenga a acompañarme. En cualquier caso, a lo largo de estas

³ Immanuel Kant (1787). *Crítica de la razón pura*, A838, B866. Ed. Gredos, 2014.

⁴ Ludwig Wittgenstein (1921). *Tractatus lógico-philosophicus*, 6.52. Ed. Gredos, 2014.

páginas plantearé problemas y no pocas veces los dejaré abiertos, para que el lector pueda seguir por sí mismo el rumbo que marca la brújula en la bitácora.

Conócete a ti mismo

La filosofía no puede reducirse a una colección de máximas más o menos afortunadas y memorables, ni a una serie de consejos que nos procuran guiar de manera adecuada por la vida. Una obra de filosofía no es un libro de autoayuda, porque no se puede socorrer a todas las personas usando las mismas fórmulas.

Pese a todo, es precisamente con sentencias breves, secas, a menudo difíciles de descifrar, como comenzó la aventura filosófica. Quizás lo hizo con un aforismo concreto que recomienda pensar *por* uno mismo, y hacerlo *sobre* uno mismo. No existe ninguna otra exigencia más propiamente filosófica, y comprender su significado parece un buen punto de partida para adentrarnos en la aventura que nos espera al navegar por los mares de la filosofía.

El ombligo del mundo

Hacia el siglo II después de Cristo el historiador griego Pausanias, viajero infatigable y observador meticuloso, escribió *Descripción de Grecia*, una obra que guarda, aún hoy, gran valor para

los arqueólogos dedicados a sacar a la luz restos marchitos del esplendor heleno, porque está repleta de datos precisos sobre geografía, monumentos, tradiciones, historia y mitos. Entre los lugares descritos se encuentra Delfos, con su santuario dedicado al dios Apolo. Cuando Pausanias lo visitó, hacía mucho que había entrado en decadencia. Aquel que fuera el mayor centro de peregrinación religiosa de Grecia declinaba hacia su olvido, signo inequívoco de que el mundo estaba cambiando irremediamente.

El origen mítico del santuario de Delfos se remontaba a tiempos en que los dioses participaban de manera directa en la vida de los humanos; antes incluso de que los héroes griegos pugnarán por alcanzar la inmortalidad luchando a muerte ante las murallas de Troya. Pero la influencia máxima de Delfos se había vivido en torno al siglo VI antes de Cristo, así que la visita de Pausanias distaba más de setecientos años de aquellos tiempos dorados. Para entonces el impulso creador de los helenos había decaído hacía mucho y las legiones romanas que señoreaban el Mediterráneo habían saqueado ya en varias ocasiones el santuario. Deberían pasar aún dos siglos más para que el emperador Teodosio I el Grande decretara que una religión extraña al mundo clásico, el cristianismo, en la que no había cabida para los dioses del Olimpo, era la única fe permitida oficialmente en el Imperio romano y prohibiera todo culto pagano. Tras esa acta de defunción, Delfos iría languideciendo, sepultada, a partes iguales, por la indiferencia de un mundo que iba sustituyendo las antiguas deidades paganas por el Dios cristiano, y por capas de tierra acumulada por los siglos sobre sus ruinas.

Hubo que esperar hasta el siglo XVII para que viajeros procedentes de países de Europa occidental, guiados precisamente por el libro de Pausanias, descubrieran indicios de dónde podía



Grecia antes del siglo VI a. C.

encontrarse soterrado el mítico santuario; y casi dos siglos más hasta que comenzaran los trabajos arqueológicos para el descombro sistemático y la recuperación de las gloriosas ruinas que podemos contemplar en nuestros días, pero en las que ya no habitan dioses, musas, sacerdotes, pitonisas ni fieles venidos de todos los confines de la Hélade. Delfos es hoy solo el recuerdo funerario de algo que palpité durante más de mil años, pero cuyo pulso es

ya inexistente. Quizás solo quepa rescatar con la imaginación el aroma de aquellos tiempos de colores vivos que aún flota entre los restos arqueológicos, así como algunas enseñanzas de lo acontecido allí.

El mito relata cómo el dios Apolo encontró en un paraje de la ladera oriental del monte Parnaso el emplazamiento ideal para el templo que deberían levantar y visitar en su honor todos los griegos. Pendiente abajo, el angosto valle del río Pleisto se abre hacia una llanura poblada por olivares y campos de almendros que desemboca, diez kilómetros mediante, en el golfo de Corinto. Mientras que, hacia arriba, sobre aquel lugar sacro rodeado de nogales, laureles, pinos y cipreses, asoman las peñas amenazadoras y desnudas que protegían de la invasión humana unas cumbres de dos mil quinientos metros de altitud.

Hacerse dueño de semejante sitio resultó una empresa peligrosa para el joven dios, porque Hera, la esposa de Zeus, lo reclamaba como propio, y había encomendado a la serpiente Pitón proteger el lugar; de manera que Apolo hubo de enfrentarse al monstruo y darle muerte. Después, convenció a las nueve musas para que lo siguieran hasta las cimas del Parnaso. De esta manera, en compañía de aquellas diosas encargadas de inspirar en los humanos la música, las artes y las ciencias, así como de las náyades y ninfas que vivían asociadas a los arroyos, las arboledas, las fuentes y los riscos en aquel espacio mágico, Apolo pasaba los días tocando su lira.

Lo que hacía tan especial el santuario de Delfos no era solo el soberbio conjunto de edificios presidido por el templo consagrado a Apolo, ni las estatuas monumentales que adornaban el sitio, ni la condición única que aquella ladera del Parnaso suponía para los poetas, donde, más que en ningún otro lugar de Grecia, podían

sentir próxima la fuerza inspiradora de las musas. Lo más extraordinario de Delfos era la convicción que albergaban los griegos de encontrarse ante el Ónfalos, el «ombligo del mundo», el centro de la Tierra. Zeus había localizado ese espacio sagrado haciendo volar a dos águilas desde extremos opuestos del orbe, y señalando con una piedra en forma de medio huevo el lugar en el que se cruzaron; piedra que se conservó en una de las cámaras del templo de Apolo, y de la que hoy guardamos solo una réplica romana.

Apolo había concedido a su santuario el oráculo más célebre de toda la Hélade, al que los griegos iban a consultar cuestiones de orden doméstico y decisiones militares y políticas de especial gravedad. El oráculo daba respuestas a todos. Los séptimos días de cada mes, la pitia, una mujer virgen consagrada de por vida a Apolo, aspiraba los vapores narcotizantes que emanaban de una grieta en la montaña, se sentaba sobre un trípode, cada una de cuyas patas simbolizaba, respectivamente, el pasado, el presente y el futuro, y mientras masticaba sin parar hojas de laurel, entraba en trance. En semejante estado, respondía proféticamente a las preguntas que le hacían llegar los peregrinos. Las respuestas de Apolo eran siempre escuetas y misteriosas, pero los griegos estaban seguros de que encerraban verdades profundas que era menester desentrañar. Como afirmara el filósofo Heráclito de Éfeso:

El señor, cuyo oráculo está en Delfos, ni habla ni oculta nada, sino que se manifiesta por señales.⁵

De manera que la profecía requería de una interpretación acertada, y el recinto sagrado contaba con sacerdotes dispuestos

⁵ G.S. Kirk, J.E. Raven y M. Schofield (1983). *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, fragmento 244. Ed. Gredos. 1987.

a ayudar en ello a los peregrinos, si bien esta tarea no siempre resultaba satisfactoria, y provocaba, a veces, errores trágicos.

Todos los griegos conocían, por ejemplo, la leyenda de Creso, rey de Lidia, un pueblo limítrofe con las ciudades griegas de Asia Menor, que ocupaba la mayor parte de la actual península de Anatolia, en Turquía. Creso era inmensamente rico, amante de las artes, belicoso y entregado a los vaticinios de los oráculos. Preocupado por el poder creciente de un pueblo vecino, el de los persas, dudaba en enfrentarse a su rey, Ciro II el Grande, fundador de la dinastía imperial Aqueménida; así que decidió consultar al oráculo de Delfos, y este le respondió que, si enviaba a sus tropas hacia el este cruzando el río Halis, provocaría la destrucción de un imperio. Creso interpretó que el oráculo se refería al Imperio aqueménida, de manera que, confiado, resolvió invadir su territorio. El resultado de aquella campaña fue la derrota total de las tropas lidias, precisamente tras la batalla del río Halis. Los lidios tuvieron que ver cómo Ciro conquistaba Sardes, la rica y bella capital que sus habitantes creían inexpugnable, y cómo apresaba al propio Creso y lo condenaba a muerte. Se había cumplido el oráculo y un imperio había dejado de existir; solo que se trataba del Imperio lidio.

Podría acusarse a la pitia de haber sido demasiado ambigua, dando una respuesta que servía para cualquier resultado en la guerra, porque en cualquier caso un imperio acabaría destruido. Pero lo cierto es que Creso contaba con dos profecías más, que no valoró adecuadamente. Porque el oráculo había vaticinado también que el rey lidio nunca sería vencido hasta que gobernara entre los persas un mulo. Y Creso no cayó en la cuenta de que Ciro era hijo del persa Cambises y de la princesa lidia Aryenis; es decir, un «mulo», por tener progenitores de distinta estirpe real. Además,

ignoró otro augurio: que aquel linaje fundado en Lidia por Candaules se extinguiría en la quinta generación; y ese era precisamente el lugar que correspondía a Creso en el árbol dinástico. Aún más. Creso obvió un último aviso, que lo hubiera ayudado, quizás, a evitar la guerra y el desastre sobrevenido; un consejo que Apolo daba a todos sus fieles, y que el monarca lidio seguramente despreció. Tardaré aún un poco en señalarlo.

El aforismo como filosofía

Antes de entrar en el recinto sagrado, cada peregrino a Delfos debía purificarse en las aguas sagradas de la fuente Castalia. Solo entonces, subía hasta el templo de Apolo, recorriendo medio kilómetro de la Vía Sacra, a cuyos costados se situaban los Tesoros, pequeñas edificaciones sufragadas por aquellas ciudades que querían sentirse representadas en el ombligo del mundo, y en las que guardaban las ofrendas al dios. Hay que imaginar cómo, llegando a la imponente columnata que presidía la fachada principal del templo construido por Agamedes y Trofinio, aquel peregrino lo haría impresionado por el entorno, contagiado de la religiosidad de quienes le rodeaban y sensible a cuantas señales pudieran aparecer. Y justo allí, en el pronaos que daba paso a la cámara que guardaba la estatua de Apolo, estaba grabada, bien visible y en letras de oro, la siguiente sentencia, para que el peregrino la hiciera suya y la meditara:

Conócete a ti mismo.

*Gnóthi seautón.*⁶

⁶ Pausanias. *Descripción de Grecia III*, libro X. Ed. Gredos, 2009. El aforismo delfico aparece

¿Quién pudo ser el creador de ese aforismo que ha recorrido la historia de Occidente? Entre los candidatos se encuentra cualquiera de los Siete Sabios de Grecia: Tales de Mileto, Pítaco de Mitilene, Quilón de Esparta, Bías de Priene, Cleobulo de Lindos, Solón de Atenas y Periandro de Corinto. Eran estos unos personajes cuyas vidas, envueltas en brumas de leyenda, cabe situar a caballo entre los siglos VII y VI a. C. Se les imaginaba viajando por todo el mundo griego, entablando relaciones de amistad entre ellos y reuniéndose para pensar en comunión, en sitios como la propia Delfos. La sabiduría de aquellos hombres se presentaba a menudo en forma de máximas como la que nos ocupa, que respondían a una profunda experiencia vital y que contienen recomendaciones acerca de la manera adecuada de vivir: *Ante el triunfo no te ensoberbezcas, y ante la desdicha no te humilles, Nada en demasía, Sabiendo, calla, La confianza trae la ruina...* Platón reconoce que en eso consistió precisamente la sabiduría de los antiguos: en expresiones lacónicas.¹

Favorecer que determinadas ideas quedaran bien fijadas en la memoria fue, al parecer, la principal función de la poesía clásica, destinada a ser cantada ante personas generalmente analfabetas. La estructura en estrofas y versos, la reiteración de elementos en la rima y el ritmo... todo estaba dirigido a que el contenido del poema pudiera ser retenido por quienes escuchaban embelesados a los rapsodas, memorizaban sus versos y se convertían, a su vez, en nuevos transmisores de las enseñanzas guardadas en el poema.

citado concretamente en el capítulo 24. Pero también figura en otros muchos textos de historiadores, dramaturgos y filósofos clásicos. Por ejemplo, en Esquilo: *Prometeo encadenado*, o en Diógenes Laercio: *Vidas de los filósofos más ilustres*. Quien más citó esa sentencia y meditó más concienzudamente acerca de su significado fue Platón, recordando cómo su maestro Sócrates la había convertido en bandera para su vida. Algunos de los diálogos en que aparece reseñada son: *Cármides* (164d), *Protágoras* (343b), *Fedro* (229e), *Filebo* (48c) y *Leyes* (II.923a).

Los dos poetas más grandes de la Grecia arcaica, Homero y Hesíodo, incluyeron en sus poemas ideas que bien pueden considerarse precursoras de la filosofía que habría de nacer siglos más tarde en las costas asiáticas del mar Jonio. Y esa tradición de utilizar la poesía como vehículo para el pensamiento podemos percibirla todavía en alguno de los primeros filósofos; por ejemplo, en Jenófanes de Colofón o en Parménides de Elea. Finalmente, la prosa se apoderó de la filosofía, pero aquellos primeros aventureros descubrieron un modo de compendiar su pensamiento y hacerlo memorable próximo a la poesía: el aforismo, frase breve, tajante, insólita, a menudo paradójica, en la que nada sobra ni debe faltar, a modo de verso suelto.

Un aforismo puede servir para decantar el pensamiento, para encerrar su esencia y para hacerla memorable y transmisible del modo más eficaz. De hecho, conocemos a algunos filósofos clásicos solo por las máximas que la memoria colectiva ha conseguido proteger tras veintisiete siglos, y pese a que las obras que pudieron llegar a escribir se perdieron hace, quizás, dos mil años.

Los griegos aprendían de memoria sentencias como las donadas por los Siete Sabios, las citaban a la menor oportunidad y las enseñaban a los más jóvenes. Y no es de extrañar que aquellos hombres reverenciados propusieran grabar algunos de sus aforismos más afortunados en los muros del templo de Apolo Delfico, para hacerlos pasar por frutos de inspiración divina. Platón relata cómo nuestra máxima, en concreto, era interpretada por los peregrinos a modo de salutación del mismo Apolo.

El problema que encierran los aforismos es que, a menudo, una sentencia concentra tanta riqueza significativa que no siempre se es capaz de comprender de primeras su hondura. Si el oráculo de Delfos desorientó a Creso, las sentencias de los Siete Sabios y

de muchos filósofos tienen el mismo efecto: requieren de cuidado para ser interpretadas adecuadamente.

No es fácil conocerse

Conócete a ti mismo pudiera parecer una recomendación trivial, la de que, si estamos al tanto de nuestras capacidades y de nuestros límites, de los rasgos de carácter que nos son propios, de las emociones y de las aspiraciones que más o menos conscientemente albergamos, entonces podremos orientar nuestra vida de un modo adecuado; mientras que la ignorancia de esos atributos, rasgos personales y carencias probablemente nos conducirá hacia el desastre. Todo esto, siendo cierto, parece demasiado obvio como para merecer su grabado en letras doradas y en un lugar de tanta significación religiosa. Quizás haya que pensar que, al igual que el oráculo de Delfos, este aforismo no oculta ni revela la verdad, solo la insinúa, y que detrás de lo evidente se esconde lo abisal.

Para empezar, es probable que su autor pretendiera subrayar que el conocimiento de uno mismo debe ser una tarea fundamental en la vida de las personas, y no una más entre otras; que cada uno de nosotros necesita perentoriamente bucear en su interioridad. Se trataría de una labor urgente que bajo ninguna circunstancia debiera ser pospuesta ante otras. Así pareció entenderla el ateniense Sócrates, quien, hacia la segunda mitad del siglo V a. C., decidió adoptar como guía personal la máxima délfica. Tan prioritaria sería, que nada daría más sentido que ella a su existencia:

Una vida sin examen no merece ser vivida.⁷

⁷ Platón. *Apología de Sócrates*. En Platón. *Diálogos I*. Ed. Gredos. 2010.

Una vida sin examen. Conforme. Pero ¿durante toda la vida? ¿Tan complicado resulta conocerse? El historiador Diógenes Laercio atribuye al primero de los Siete Sabios, Tales de Mileto, estas respuestas lacónicas:

Quando le preguntaron qué cosa es difícil, respondió: Conocerse a sí mismo. Y al preguntarle qué cosa es fácil, dijo: Dar consejo a otros.⁸

Tan difícil parece, que el riesgo de extravío en esa búsqueda de autoconocimiento es elevado, pese a tanto engreído que cree ser capaz de resumir en dos brochazos la condición última de su alma. Y que conocerse es un logro al alcance únicamente de seres extraordinarios.

Don Quijote de la Mancha intentó vacunar a Sancho Panza contra ese engreimiento irreflexivo de creerse quien no se es, en aquella ocasión en que el buen y cerril escudero fue nombrado gobernador de la Ínsula Barataria:

Has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey.⁹

Consejo cuerdo, el regalado a su escudero, que no parecería encajar, sin embargo, con esos otros momentos en los que el Caballero de la Triste Figura alardeaba de una condición propia, la de

⁸ Diógenes Laercio. *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*. Libro I. Alianza Editorial. 2007.

⁹ Miguel de Cervantes (1615). *Don Quijote de la Mancha*, Segunda parte. Cap. XLII. Alfaguara, 2015.

caballero andante, para lo que no parecía haber adquirido mérito alguno. En una de sus andanzas, un labrador, «admirado oyendo aquellos disparates» que el hidalgo metido a caballero andante profería, intentó abrirle los ojos:

[...] ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

Yo sé quién soy —respondió don Quijote—, y sé que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías.¹⁰

Esa seca y rotunda contestación de Don Quijote, *Yo sé quién soy*, le parecía extraordinaria a Miguel de Unamuno, y con razón. Extraordinaria porque, a juicio del filósofo vasco, solo héroes como Don Quijote pueden afirmar algo semejante sin caer en el autoengaño. Únicamente ellos pueden saber quiénes verdaderamente son de manera tan nítida y tajante, porque solo ellos pueden moldearse según su voluntad. El héroe es capaz de crearse a sí mismo, y por eso puede eludir la máxima délfica. De hecho, en eso consiste el heroísmo. Los demás no tenemos madera de héroe. Necesitamos *descubrirnos*, porque nunca llegamos a ser aquello que deseamos ser. Somos solo bosquejos inacabados e imperfectos de nuestros sueños. Como mucho, nos vamos haciendo; y en ese camino, necesitamos ejercitar la tarea continua de ir reconociéndonos en lo que en cada etapa hemos llegado a ser.

Ciro el grande, como Don Quijote, es un personaje portentoso. Emperador de persas y medos, conquistador de Sardes y Babilonia, Señor de Ur, Nínive y Jerusalén, «Rey del mundo y de los cuatro

¹⁰ Miguel de Cervantes (1615). *Don Quijote de la Mancha*, Primera parte. Cap. V. Alfaguara, 2015.

extremos de la Tierra». Tan grande, que despertó la admiración del militar e historiador griego Jenofonte y la emulación de Alejandro Magno. De Creso podríamos decir que era capaz de conocerse, porque como Don Quijote se había forjado a sí mismo. Creso, por el contrario, nos parece más bien la rana que, hinchándose, se creyó buey. Puede que por ese motivo sucumbiera ante su enemigo. Al solicitar un pronóstico a Delfos, no comprendió que la exhortación inscrita en el atrio del templo es también una indicación a interpretar el oráculo que había recibido, únicamente a partir del propio autoconocimiento. Es como si Apolo le estuviera advirtiéndolo inútilmente: «Si cruzas el río Helis, un imperio será destruido; y, para que sepas cuál, intenta conocerte antes, y verás lo poco que tienes que hacer frente al genio militar de Creso el persa».

O quizás Apolo quería advertirle también de algo aún más determinante: ¿qué podía esperar Creso de sus propias tropas? ¿Estaban a la altura de las persas? ¿Podía confiar en su valor, tanto como Creso en el de sus soldados? Tuvieron que pasar más de dos milenios, para que los filósofos comprendieran que el conocimiento de uno mismo es también una vía privilegiada hacia el conocimiento de los demás, de manera que resulta ser también esencial para la actividad política. Así lo intuyó en el siglo XVII el filósofo inglés Thomas Hobbes, traductor de los griegos Homero, Tucídides, Aristóteles y Euclides, y, al mismo tiempo, figura capital del pensamiento político moderno:

[...] hay un dicho del que últimamente se abusa a menudo: que la sabiduría se adquiere no leyendo libros, sino hombres [...] Pero hay otro dicho que todavía no ha sido entendido, y por el que verdaderamente podrían conocer al prójimo si se tomaran el esfuerzo necesario. Ese dicho es *nosce te ipsum*, 'léete a ti mismo' [...] Lo que ese

dicho nos enseña es que, por la semejanza entre los pensamientos y pasiones de otro, quien mire dentro de sí mismo y considere lo que hace cuando piensa, opina, razona, espera, teme, etcétera, y por qué, leerá y conocerá cuáles son los pensamientos y pasiones de todos los hombres en circunstancias parecidas.¹¹

De esta manera, aprender acerca de la propia condición ayuda a tratar a otros seres humanos, a calibrar sus pensamientos, sus deseos y sus temores; a no equivocarse, en definitiva, esperando de ellos más de lo que son capaces de ofrecer o están dispuestos a dar.

Es llamativo que, antes de declarar la guerra al Gran Rey persa, Creso procurara la alianza de algunas ciudades griegas de la Costajonia, y que en Mileto fuese precisamente Tales, a quien Diógenes Laercio pinta como un amante de la soledad y un consejero político pleno de sensatez, quien advirtió a sus conciudadanos del error que supondría semejante coalición. Esa intervención resultó decisiva para inhibir la participación de la ciudad en la guerra y, a la postre, para evitar su derrota frente a Ciro.

Maestros de la sospecha

Solo en los dos últimos siglos hemos llegado a tener una conciencia clara de que esta exigencia divina del autoconocimiento, siendo en efecto ineludible, es al mismo tiempo imposible de realizar en toda su plenitud, a menos que nos forjemos a nosotros mismos al estilo de Don Quijote.

¹¹ Thomas Hobbes (1651). *Leviatán o La materia, forma y poder de un Estado eclesiástico y civil*, Introducción. Ed. Gredos, 2015.